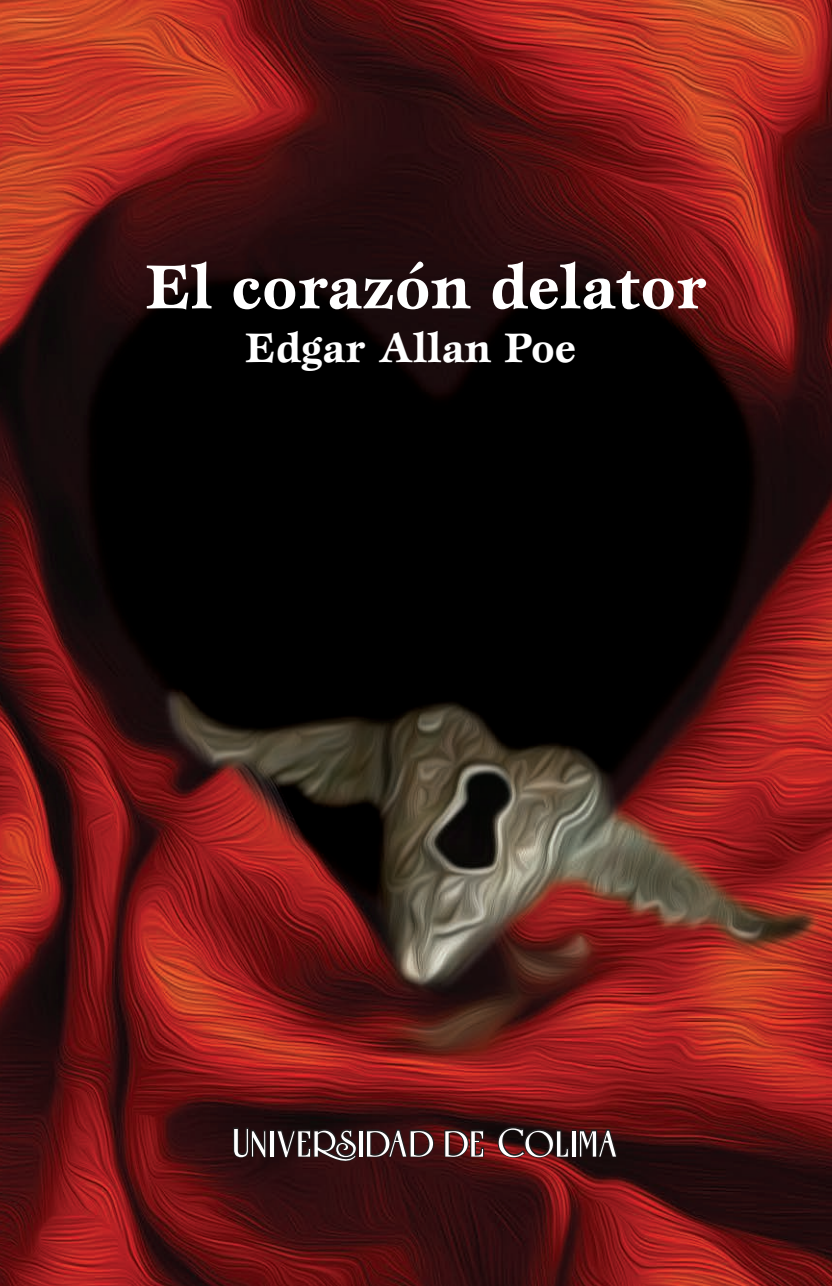
El corazón delator

Edgar Allan Poe



UNIVERSIDAD DE COLIMA

EL RAPIDÍN

Pa' leerse como de rayo

El corazón delator

Universidad de Colima
Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector
Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General
Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social
Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

El corazón delator

Edgar Allan Poe

UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2024
Avenida Universidad 333
C.P. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: (312) 316 10 81 y 316 10 00, extensión 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
www.ucol.mx

5E.1.1/317000/079/2024 - Edición de publicación no periódica
DOI: 10.53897/LI.2024.0026.UCOL
Derechos reservados conforme a la ley
Editado en México / *Edited in Mexico*

Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Rgistrado en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: OT-006-24
Edición impresa: agosto de 2008
Edición electrónica: agosto de 2024

El extraño caso de Edgar Allan Poe

Lucila Gutiérrez Santana

Si cada autor de una historia en algo deudora de Poe pagase una décima parte de los honorarios que recibe por ella para un monumento al maestro, se podría hacer una pirámide tan alta como la de Keops.
SIR ARTHUR CONAN DOYLE

Edgar Allan Poe nació en Boston el 19 de enero de 1809 y murió el 7 de octubre de 1849 en Baltimore. Escritor, poeta y crítico estadounidense, reconocido internacionalmente como maestro del relato corto (*short story*), en especial de historias relacionadas con el terror y el misterio. Sobre su obra han escrito autores como Jorge Luis Borges, Charles Baudelaire y Rubén Darío.

Mucho se ha mencionado que fue el primero en poner en claro las reglas de los cuentos, cuando él mismo se consideraba ante todo poeta. Notable precursor de la literatura de ciencia ficción, es reconocido como el padre de la novela detectivesca (novela negra), además de renovar la novela gótica.

El gato negro, *El pozo y el péndulo*, *El escarabajo de oro*, *Ligeia*, *Berenice*, *La máscara de la muerte roja*, *El corazón delator*, han sido responsables de más de una pesadilla en generaciones de lectores.

¿Quién no se ha espantado con un gato negro, no porque le vaya a dar mala suerte, sino recordando al emparedado felino que delata a su verdugo?

Al leer a Poe sabemos que no hay escape, la muerte se las arreglará de una manera u otra para encontrarnos, tal y como lo hace en la fiesta de disfraces de *La máscara de la muerte roja*.

El gato negro y los emparedados, concepto primigenio de encerrar un cuerpo entre dos paredes, nos acercan a una mente delirante, capaz de matar tanto animales como humanos, ejemplo de la decadencia de un cerebro dominado por el

alcohol, muestra de forma cruda la violencia intrafamiliar.

El corazón delator y *El cuervo* han aparecido referenciados en el fenómeno televisivo que son *Los Simpson*; sin embargo, las historias de Poe tienen una gran tradición en la industria del entretenimiento; en el cine podemos ver algunos de sus títulos desde 1928, como *La caída de la Casa Usher* de Jean Epstein (1928), pasando por la serie que le dedicara Roger Corman, misma que inició en 1960 con *La caída de la Casa Usher*, *Historias de terror* (1962), *La obsesión* (1963), basada en el entierro prematuro, *El Cuervo* (1964), *La máscara de la muerte roja* (1965), y *La tumba de Ligeia* (1964). No se puede dejar de mencionar *Historias extraordinarias*, película dirigida por Federico Fellini, Roger Vadim y Louis Malle en 1968. Los cuentos de Poe han sido llevados a la pantalla grande y también a la pantalla chica, ya sea en episodios de series o en películas para televisión, hacer referencia a todos ellos sería interminable.

¿Por qué sentimos cercano a este escritor nacido en Baltimore y marcado por la desgracia? Quizá en Colima no haya emparedados (y conste que sólo digo quizá), pero hasta hace no mu-

cho tiempo hubo huellas de balas en las paredes de la catedral; además, cuerpos de ahorcados se balancearon en los árboles de la calzada Galván.

Lo sentimos cercano porque supo apelar a nuestros temores más profundos, sus personajes son tremendamente humanos en aciertos y en sus errores, nos vemos reflejados en sus debilidades y nos identificamos con sus dudas.

Presenciar, como lectores, el asesinato del anciano en *El corazón delator* es tan cercano como ser testigo de un levantón o un secuestro *express*. Después de conocer unos asesinatos como los cometidos en la Rue Morgue, cualquiera permanecería oculto, asaltado y amenazado por la violencia cotidiana.

Poe ubica en el sentimiento de las personas un límite que rebasa en sus personajes. Ellos, y en ocasiones el autor, instauran una visión distorsionada —tal vez— de la realidad, aunque la cercanía entre su mundo y el nuestro se establece en cuanto su realidad convive dentro de la nuestra. La explicación es sencilla: la realidad ficticia de Poe se encuentra en el mundo real en el que vivimos, la psicosis del personaje toca aristas, se identifica, pero, sobre todo, coincide con la nues-

tra; su médium es la violencia del siglo XIX sobreviviendo en los personajes del autor estadounidense, el miedo que pervive en nuestras mentes, el temor encerrado en las bien llamadas *Narraciones extraordinarias*, lo extraordinario es cómo hizo para encerrar en cada palabra todo el misterio[1].

Poe es cercano por aquellas experiencias que nos regala. ¿Quién no ha sentido el temor de un adeudo, de una culpa acechando nuestra mente, nuestros pensamientos, nuestra conciencia, rondándonos tan cerca como un péndulo? Allan Poe es tan humano como nosotros.

Nos muestra qué tan miserables podemos ser, qué tan mezquino, moralmente despreciable es nuestro actuar y si no el nuestro (siempre hay alguien a quien culpar) el de algún conocido.

Maestro del terror y del misterio, inauguró el género policiaco en Estados Unidos con cuentos como *Los crímenes de la Rue Morgue*, *La carta robada* y *El misterio de Marie Rogêt*, trilogía en la cual nos encontramos con el detective C. Auguste Dupin.

Sus *Narraciones extraordinarias* llevan a sus lectores a la locura misma, al asesinato y a un

[1] Notas de David Chávez.

mundo en el que lo intangible se apodera de los sentidos. Es uno de los mejores escritores de habla inglesa y desde su inglés natal (traducido por Julio Cortázar) ha llenado de pesadillas las noches de generaciones de lectores.

Poe tenía la inteligencia, el genio y la técnica que cualquier escritor quisiera tener, pero como muchos genios, no enfrentó a sus demonios, muriendo a la temprana edad de cuarenta años; se han sugerido varias teorías sobre la muerte del escritor, dipsomanía, diabetes, sífilis, *delirium tremens*, pero una propuesta reciente sugiere que su deceso fue causado por la rabia[2].

Así, como en *El extraño caso del señor Valdemar* donde los doctores llegan a tener una conversación con el hombre magnetizado, los lectores logramos dialogar con Poe a través del tiempo y del espacio; no importa cuántas veces diga el cuervo "*Never more*", los seguidores de Poe diremos "*Forever*"…

[2] Benítez, R. M. (1996). *Edgar Allan Poe mystery*. University of Maryland Medical News.

El corazón delator

Edgar Allan Poe

¡Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que puede oírse en la Tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen... y observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

Presten atención ahora. Ustedes me toman por loco. Pero los locos no saben nada. En cambio... ¡Si hubieran podido verme! ¡Si hubieran podido ver con qué habilidad procedí! ¡Con qué cuidado... con qué previsión... con qué disimulo me puse a la obra! Jamás fui más amable con el viejo que la semana antes de matarlo. Todas las noches, hacia las doce, hacía yo girar el picaporte de su puerta y la abría... ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, levantaba una linterna sorda,

cerrada, completamente cerrada, de manera que no se viera ninguna luz, y tras ella pasaba la cabeza. ¡Oh, ustedes se hubieran reído al ver cuán astutamente pasaba la cabeza! La movía lentamente... muy, muy lentamente, a fin de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora entera introducir completamente la cabeza por la abertura de la puerta hasta verlo tendido en su cama. ¿Eh? ¿Es que un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y entonces, cuando tenía la cabeza completamente dentro del cuarto abría la linterna cautelosamente... ¡oh, tan cautelosamente! Sí, cautelosamente iba abriendo la linterna (pues crujían las bisagras), la iba abriendo lo suficiente para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches... cada noche, a las doce... pero siempre encontré el ojo cerrado, y por eso me era imposible cumplir mi obra, porque no era el viejo quien me irritaba, sino el mal de ojo. Y por la mañana, apenas iniciado el día, entraba sin miedo en su habitación y le hablaba resueltamente, llamándolo por su nombre con voz cordial y pregun-

tándole cómo había pasado la noche. Ya ven ustedes que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que todas las noches, justamente a las doce, iba yo a mirarlo mientras dormía.

Al llegar la octava noche, procedí con mayor cautela que de costumbre al abrir la puerta. El minutero de un reloj se mueve con más rapidez de lo que se movía mi mano. Jamás, antes de aquella noche, había sentido el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas lograba contener mi impresión de triunfo. ¡Pensar que estaba ahí, abriendo poco a poco la puerta, y que él ni siquiera soñaba con mis secretas intenciones o pensamientos! Me reí entre dientes ante esta idea, y quizá me oyó, porque lo sentí moverse repentinamente en la cama, como si se sobresaltara.

Ustedes pensarán que me eché hacia atrás... pero no. Su cuarto estaba tan negro como siempre, ya que el viejo cerraba completamente las persianas por miedo a los ladrones; yo sabía que le era imposible distinguir la abertura de la puerta, y seguí empujando suavemente, suavemente.

Había ya pasado la cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló en el cierre metálico y el viejo se enderezó en el lecho, gritando:

—¿Quién está ahí?

Permanecí inmóvil, sin decir palabra. Durante una hora entera no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a tenderse en la cama. Seguía sentado, escuchando... tal como yo lo había hecho, noche tras noche, mientras escuchaba en la pared los taladros cuyo sonido anuncia la muerte.

Oí de pronto un leve quejido, y supe que era el quejido que nace del terror. No expresaba dolor o pena... ¡Oh, no! Era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando el espanto la sobrecoge. Bien conocía yo ese sonido. Muchas noches, justamente a las doce, cuando el mundo entero dormía, surgió de mi pecho, ahondando con su espantoso eco los terrores que me enloquecían. Repito que lo conocía bien. Comprendí lo que estaba sintiendo el viejo y le tuve lástima, aunque me reía en el fondo de mi corazó. Compren-

dí que había estado despierto desde el primer leve ruido, cuando se movió en la cama. Había tratado de decirse que aquel ruido no era nada, pero sin conseguirlo. Pensaba: "No es más que el viento en la chimenea... o un grillo que chirrió una sola vez". Sí, había tratado de darse ánimo con esas suposiciones, pero todo era en vano. Todo era en vano, porque la muerte se había aproximado a él, deslizándose furtiva, y envolvía a su víctima. Y la fúnebre influencia de aquella sombra imperceptible era la que lo movía a sentir —aunque no podía verla ni oírla—, a sentir la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Después de haber esperado largo tiempo, con toda paciencia, sin oír que volviera a acostarse, resolví abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna.

Así lo hice —no pueden imaginarse ustedes con qué cuidado, con qué inmenso cuidado—, hasta que un fino rayo de luz, semejante al hilo de la araña, brotó de la ranura y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto de par en par... y yo empecé a enfurecerme mientras lo mira-

ba. Lo vi con toda claridad, de un azul apagado y con aquella horrible tela que me helaba hasta el tuétano. Pero no podía ver nada de la cara o del cuerpo del viejo, pues, como movido por un instinto, había orientado el haz de luz exactamente hacia el punto maldito.

¿No les he dicho ya que lo que toman erradamente por locura es sólo una excesiva agudeza de los sentidos? En aquel momento llegó a mis oídos un resonar apagado y presuroso, como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Aquel sonido también me era familiar. Era el latir del corazón del viejo. Aumentó aún más mi furia, tal como el redoblar de un tambor estimula el coraje de un soldado.

Pero, incluso entonces, me contuve y seguí callado. Apenas si respiraba. Sostenía la linterna de modo que no se moviera, tratando de mantener con toda la firmeza posible el haz de luz sobre el ojo. Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento. El espanto del viejo tenía que ser terrible. ¡Cada vez más fuer-

te, más fuerte! ¿Me siguen ustedes con atención? Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el terrible silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquél me llenó de un horror incontrolable. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido crecía cada vez más fuerte, más fuerte! Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... ¡Algún vecino podía escuchar aquel sonido! ¡La hora del viejo había sonado! Lanzando un alarido, abrí del todo la linterna y me precipité en la habitación. El viejo clamó una vez... nada más que una vez. Me bastó un segundo para arrojarlo al suelo y echarle encima el pesado colchón. Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Claro que no me preocupaba, pues nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Apoyé la

mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme.

Si ustedes continúan tomándome por loco dejarán de hacerlo cuando les describa las astutas precauciones que adopté para esconder el cadáver. La noche avanzaba, mientras yo cumplía mi trabajo con rapidez, pero en silencio. Ante todo, descuarticé el cadáver. Le corté la cabeza, brazos y piernas.

Levanté luego tres planchas del piso de la habitación y escondí los restos en el hueco. Volví a colocar los tablones con tanta habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiera podido advertir la menor diferencia. No había nada que lavar... ninguna mancha... ningún rastro de sangre. Yo era demasiado precavido para eso. Una cubetaza y había recogido todo... ¡Ja, ja, ja!

Cuando hube terminado mi tarea eran las cuatro de la madrugada, pero seguía tan oscuro como a medianoche. En momentos en que se oían las campanadas de la hora, golpearon a la puerta de la calle. Acudí a abrir

con toda tranquilidad, pues ¿qué podía temer ahora?

Hallé a tres caballeros que se presentaron muy civilmente como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había escuchado un alarido, por lo cual se sospechaba la posibilidad de algún atentado. Al recibir este informe en el puesto de policía habían comisionado a los tres agentes para que registraran el lugar.

Sonreí, pues... ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a los oficiales y les expliqué que yo había lanzado aquel grito durante una pesadilla. Les hice saber que el viejo se había ausentado a la campiña. Llevé a los visitantes a recorrer la casa y los invité a que revisaran, a que revisaran bien.

Finalmente, acabé conduciéndolos a la habitación del muerto. Les mostré sus caudales intactos y cómo cada cosa se hallaba en su lugar. En el entusiasmo de mis confidencias traje sillas a la habitación y pedí a los tres caballeros que descansaran allí de su fatiga, mientras yo mismo, con la audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi silla en el pun-

to exacto bajo el cual reposaba el cadáver de mi víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me hallaba perfectamente cómodo. Sentáronse y hablaron de cosas comunes, mientras yo les contestaba con animación. Mas, al cabo de un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en los oídos; pero los policías continuaban sentados y charlando. El zumbido se hizo más intenso; seguía resonando y era cada vez más intenso. Hablé en voz muy alta para librarme de esa sensación, pero continuaba lo mismo y se iba haciendo cada vez más clara... hasta que, al fin, me di cuenta de que aquel sonido no se producía dentro de mis oídos.

Sin duda, debí de ponerme muy pálido, pero seguí hablando con creciente soltura y levantando mucho la voz. Pero el sonido aumentaba... ¿y que podía hacer yo? Era un resonar apagado y presuroso..., un sonido como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Yo jadeaba tratando de reco-

brar el aliento y, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé con mayor rapidez, con vehemencia, pero el sonido crecía continuamente. Me puse en pie y discutí sobre insignificancias en voz muy alta y con violentas gesticulaciones, pero el sonido crecía continuamente. ¿Por qué no se iban? Fui de un lado a otro, a grandes pasos, como si las observaciones de aquellos hombres me enfurecieran, pero el sonido crecía continuamente. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer yo? Lancé espumarajos de rabia... maldije... blasfemé... Balanceando la silla sobre la cual me había sentado, raspé con ella las tablas del piso, pero el sonido sobrepujaba todos los otros y crecía sin cesar. ¡Más alto... más alto... más alto! Y entretanto los hombres seguían charlando plácidamente y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Santo Dios! ¡No, no! ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡Sabían... y se estaban burlando de mi horror! ¡Sí, así lo pensé y así lo pienso hoy! ¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más tolerable que aquel escarnio! ¡No podía soportar más tiempo sus sonrisas hipó-

critas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces... otra vez... escuchen... más fuerte... más fuerte... más fuerte... más fuerte!

—¡Basta ya de fingir, malvados! —aullé—. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!

El corazón delator, de Edgar Allan Poe, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición electrónica se terminó en agosto de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Esprit Std. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: Inés Sandoval Venegas. Cuidado de la edición: Irma Leticia Bermúdez Aceves y Alberto Vega.

En este relato somos testigos de las obsesiones del narrador y cómo se va revelando el crimen cometido. La autocomplacencia y la culpa se mezclarán vertiginosamente hasta desembocar en una situación inevitable, como un grito ahogado que clama por salir y ser descubierto.

UNIVERSIDAD DE COLIMA